

# «TITO TINO»

Javier Pérez-Embid

A Felipe Pérez Crespo

Es bastante duro utilizar el lenguaje para referirme a un tema, una persona, que ha constituido —y cada día me estoy convenciendo más— el acontecimiento fundamental de mi vida. Lo es porque supone bajar de nuevo, desde su presencia, a la amarga, la desgarradora realidad de que ya no está entre nosotros. Esta soledad radical es mi actual punto de partida. Mencionar su nombre significa abrazarle de nuevo, bajar otra vez la mirada ante la suya, oír su voz. Y llevar a cabo todo ello sin lágrimas en los ojos es algo tan difícil como esperar que Florentino Pérez-Embid, tito Tino<sup>1</sup>, lo hubiera hecho en el caso de mi padre sin llorar amargamente.

Los más antiguos recuerdos que conservo de él se refieren a los de una infantil vida hogareña en la que aparecía de cuando en cuando poniendo una nota de desbordante cariño exteriorizado. Esto último contrastaba un poco con la sobriedad de carácter de mi padre, y por ello las estancias de tito Tino en casa constituían, para mis hermanos y para mí, un gran regocijo, una alteración en el curso normal de nuestra vida diaria. «Papá, hoy nos acostamos más tarde.» «Mamá, esta tarde no voy al colegio para ir a esperar a tito Tino.» Frases como éstas las repetíamos un poco insolentemente con la seguridad de que mi padre acabaría accediendo. Era, pues, ese rey mago que todos los niños sueñan hacer realidad. Desde pequeño, fueron tristes las despedidas en la estación de Córdoba cuando —años cincuenta y sesenta— ni él mismo sabía la fecha de su próxima visita.

Pero desde entonces, y aún más con el paso de los años, me fui dando cuenta de que él, a su vez, nos exigía algo, que su «Que seas bueno» cada vez adquiría una nuevo matiz, un más extenso significado. En efecto, uno de sus principales temas de conversación con mi padre fue nuestra educación, desde la elección

<sup>1</sup> Este apelativo es el que siempre deseó que utilizara para dirigirme mis cartas. He querido, pues, intitular con él estas palabras. De esta forma quiero hacerle más presente, más vivo.

del colegio hasta la forma de aprender tal o cual lección. Mi padre, por su parte, hizo de él ante mis ojos el modelo de hombre, el héroe ideal al que todos los niños aspiran, pero que, en este caso, no aparecía en las películas. Para ello incluso relegó a segundo plano su personalidad ante nosotros; ésa era su forma de quererlo.

Todos soñábamos con sus viajes, todos queríamos ser de mayores lo mismo que él —«catedráticos»— y todos decíamos, ante los gestos de asombro de nuestros compañeros, que en España había un Rey.

Ser el hijo mayor de su hermano me hizo ser «su nieto»: así entroncaba en línea directa con él. Cuántas veces me dijo —la primera en La Rábida— que entre otras cosas me quería por ser el continuador de la estirpe. Y de esta especie de mayorazgo espiritual que él mismo había establecido aún no adivinaba yo el alcance de las responsabilidades.

Fueron años felices de nuestra vida en común: estancias veraniegas en La Rábida, madrugadas de Viernes Santo en la Sevilla de su corazón, actividad cultural de la que yo sólo entreveía la parte cordial y afectuosa, y viajes a Aracena, Lisboa o Pamplona, Felipe siempre al volante. Jamás revistió sus consejos de nada que sonara a sermón o rogativa; siempre razonaba lo que decía para, posteriormente, con esa sonrisa suya tan franca, abortar todo argumento en contra.

Y en todo este tiempo se iba perfilando un aspecto de su personalidad, quizá de los menos conocidos, que podría llamarse algo así como «Florentino, educador de la infancia». En efecto, al lado de sus contactos con la juventud universitaria en los colegios mayores, esa otra faceta la desarrollaba con nosotros y, quizá en menor grado, con los hijos de sus amigos. Su lema era el de dejar hacer. Método revolucionario entonces, que alternaba el obsequio con la elección del libro más adecuado para la cualidad que quisiera estimular. Y testimonio de ello es el título de uno que me regaló en cierta ocasión: *Cuando los grandes invento-*



Con sus sobrinos Elvira y Javier, en la entrega de la Medalla de oro de la ciudad de Sevilla.

*res eran niños.* En el fondo era la inocencia lo que le fascinaba; sí, me sorprendió cuando, diez años más tarde, en el homenaje a un gran poeta amigo suyo, trajo a colación un poema que de mí había oído cuando lo ensayaba para la escuela.

La muerte de mi padre —el acontecimiento más doloroso de su vida «con mucha diferencia sobre todos los demás»— hizo que nuestras vidas se aproximaran aún más. Todo lo que mi padre pudiera representar para él —su pasado, su familia, su amor incondicional—, todo eso se lo había llevado Dios. Éramos entonces nosotros los que debíamos llenar, en la medida de lo posible, ese vacío. Alcanzamos así una nueva dimensión: la de un asidero vital cuya importancia nunca conseguimos entender del todo.

Él, por su parte, nunca se cansó de repetir la obligación moral que sentía de ocupar el lugar de nuestro padre, al menos en lo que se refería a nuestra formación. Del afán con que se dio a esa tarea no se le podrán pedir cuentas. Y ello durante los siete años en que su nueva gestión político-administrativa le impuso una aceleración del ritmo de su vida. Al margen del trágico desenlace —trágico, bien entendido, para nosotros—, ahora comprendo que era eso lo que necesitaba. Dios no podía negar una compensación a quien

tanto le había entregado, pues día tras día eran mayores las satisfacciones que le reportaba su acción en Bellas Artes.

Se había creado un nuevo universo, y, en el centro, Sevilla. Por los rincones más íntimos, más fieles a las esencias de la ciudad, más suyos en definitiva, paseábamos en sus ya semanales visitas. En ese arte tan difícil en nuestros días era un maestro consumado: apelo al testimonio de sus discípulos para confirmarlo. Y a través de esas charlas, humanas y divinas, traté de calar en quien se me había revelado un hombre excepcional, cuya personalidad ya escapaba a todos los intentos de clasificación. ¿Cómo podría expresar el sentimiento de sublimidad que experimentaba a su lado? Quizá tenga que confesar lo pequeño que me sentía cuando, solo, lo recordaba... y cuando lo recuerdo.

A medida que su imagen se iba enriqueciendo ante mis ojos, iban también en aumento las dificultades que tenía para captarla. Prueba de ello es la forma contradictoria en que se me presentaba: políticamente, a su tradicionalismo, de hondas y fundadas raíces, rayano, cuando bromeaba, en lo reaccionario, se oponía un vislumbre de las necesidades y caminos del futuro. Pero he aquí su reacción: optimista, por cristiano, con



Con su madre y sobrino Javier en Sevilla. 25 abril 1956.

respecto al devenir del mundo, lo era también en lo referente a sus convicciones religiosas.

En este aspecto, firme e intransigente en lo fundamental, era también consciente de la importancia de lo accesorio. Ello en un Florentino activo, nada sentimental, nunca místico. Mas otra vez su alegría, su terrenidad, su necesidad de punto de apoyo. Cuando me dijo: «El Cielo es la Tierra» comprendí que si alguna vez lo sagrado y lo profano se habían dado interrelacionados, esa era en él. Buen vividor, no hay duda.

Oposiciones, pues, que no lo eran. La unidad de su sentir, que según me confesó alguna vez debía a la tierra andaluza (y que yo luego interpreté como senuquismo) irradiaba a todos cuantos le rodeaban. Sí, confortaba su conversación en momentos de duda o de indecisión. Siempre su punto de vista, su liberal invitación al diálogo. Y nunca trató de imponer sus criterios por encima de todo: constantemente comprendió que la gente acaba haciendo las cosas porque quiere.

Si nunca fue un sentimental, en los últimos tiempos se le habían acentuado los rasgos introspectivos de su carácter. Verlo solo —cuando regresaba al Colegio Mayor o cuando salía de la misa de ocho— era ver a un

hombre vencido: así, sin poder desplegar su capacidad dialéctica, enfrentado consigo mismo, le sucedía lo que él mismo confesó en ocasiones: «Muchas veces voy por la calle y me doy cuenta de que estoy llorando.»

En estos dos últimos años nuestra convivencia, siempre continua, se hacía casi permanente a fuerza de adelantar cuartos de hora al reloj. El ritmo de su actividad pública había decrecido algo, es verdad, pero no por ello lo había hecho el de su tensión interior. Sabía ya que sus sueños de retirarse a su tierra seguirían siendo sueños.

Tito Tino, siempre vivo. La inmortalidad no es algo hueco ni de bronce. Es la presencia permanente en la historia y en la vida de los hombres en quienes, dejando su escenario, siguen actuando para ofrecernos el incomparable legado de lo grande. No es cuestión de que no queramos resignarnos a perder a Florentino. Es que no debemos, moralmente, hacerlo. Cuando me planteo el dilema de vivir mi antigua vida —con Florentino— o aceptar la nueva —sin él—, hay algo que me dice que no debo saltar al vacío. Prefiero esa forma de muerte para que él viva en mí.